

## ***La apropiación indebida: ¿a quién pertenece Rompe-suelas?***

Escudados en la cultura y en la historia, de nuevo un grupo de personas se ha vuelto a divertir con la bárbara muerte del Toro de la Vega, un festejo que va cobrando cada año mayor peso en las redes sociales, en multitud de páginas e imágenes de la prensa escrita, en la radio, en programas de debate y en el cierre de muchos telediarios. Es ya habitual que esta antiquísima fiesta venga acompañada por un ritual mediático en el que se confrontan valores relacionados con el sacrificio o la vida.

La opinión más generalizada en la sociedad española, y ya desde hace muchas décadas, considera que la muerte de un toro lanceado con puntas de treinta centímetros es contraria a la sensibilidad de la mayoría. La voluntad de unos pocos miles de españoles por hacer posible la ancestral práctica, que lleva hasta el éxtasis la identidad de sus participantes, choca con los valores consensuados en España y con las prácticas sociales consolidadas. Además, habría que considerar si este sacrificio está de acuerdo con la legislación vigente actual en materia de protección animal.

Con el tiempo va cobrando una importancia inusitada el acontecimiento discursivo que acompaña a la celebración. Parece haber entrado en el club de los grandes acontecimientos mediáticos anuales. Y es que su fuerza se ha focalizado hacia el carácter de confrontación entre los de dentro y los de fuera, entre el “nosotros” y el “ellos”, dualidad a la que tanto se ha recurrido en toda sociedad para delinear la frontera que separa a unos grupos sociales de otros o a unas razas de otras. El debate tiene importancia porque unos y otros se juegan un capital simbólico fundamental, la honorabilidad, al intentar desacreditar la posición del contrario. La repulsa de la sociedad y el enfrentamiento consecuente parecen derivar en una sensación de honor local mancillado por parte de sus protagonistas, temática muy medieval por otra parte.

La evolución de los festejos en los que se torturan animales (sean gansos, gallos, pavas, cabras, vaquillas, etc.) casi siempre sigue una dinámica parecida. Tiene su punto de partida en la reivindicación de una determinada práctica que, por “celebrarse desde tiempo inmemorial”, es decir “estar muy arraigada” y “ser muy antigua”, es tildada de transcendental en la vida social local. Cada vez que los valores de la sociedad se transforman y la cuestionan por anacrónica y bárbara, el festejo se aísla y refuerza su posición como indicador de la identidad cuestionada y como estandarte de resistencia al cambio. El cuestionamiento y la afrenta permanente que dicen sufrir sus protagonistas acaba siendo finalmente la llama que alimenta la exaltación del orgullo local. Este tipo de dinámicas generan una cohesión renovada entre los afectados a causa del simple enfrentamiento con el mundo exterior. Los nativos se acaban enrocando en una posición que considera cualquier otra alternativa diferente a la tradicional como sinónimo de un ataque a una de las esencias transcendentales de sus vidas, tildando cualquier argumento crítico de intolerante e ilegítimo. Es difícil negociar una salida a la controversia porque cuando se llega a este nivel de paroxismo, los portadores de la tradición cuestionada se limitan a repetir hasta la saciedad dos mensajes que hacen imposible la salida del círculo vicioso, que son: *“esta fiesta no te la puedo explicar con palabras, hay que sentirla”* y *“para entender esto hay que ser de aquí”*, lo cual invalida cualquier crítica que se quiera plantear, por el mero hecho de que desde “dentro” consideran que la persona que la aporta es incapaz de sentir lo celebrado y además pertenece al mundo de los otros, por lo cual carece de toda competencia y de toda legitimidad para opinar.

El Toro de la Vega, este año se llamaba Rompe-suelas, ha llegado a un punto en que es vivido por sus participantes cada año con más pasión, siguiendo una especie de espiral cuyo contrapunto es la razón, la cultura y los más elementales principios de respeto al mundo viviente. Quizás lo que contribuye a alimentarla es la controversia que se plantea nacional e internacionalmente, en la que una mayoría entiende que ese modo de torturar y sacrificar al toro, por mera diversión es cultura, aunque suponga, por muy regulado que esté, la negación de toda práctica ejemplar respecto a la actual concepción de la Naturaleza en general y a la del mundo animal en particular. Al acogerse torticeramente al universo cultural, funciona mediáticamente como un mensaje que reta -y hasta ridiculiza- todos los valores educativos y culturales que con tanto esfuerzo el sistema escolar pretende inculcar en los jóvenes acerca del respeto a los seres vivos. Se convierte en una ofensa para la sociedad de hoy y para la cultura en cualquiera de sus manifestaciones. Genera, por otra parte, un tipo de sentimientos en los que la adrenalina se mezcla con ese móvil tan español, masculino y lamentable, pero infalible todavía hoy en muchos ámbitos a la hora de dar un paso adelante, como es el “vamos a ver quién los tiene mejor puestos” y lleva a cabo un tipo de autorrealización grupal que no es aceptable con los valores que hemos logrado difundir en casi todos los ámbitos de la sociedad de hoy. En la confrontación que sigue a esta escisión no le otorgo ningún peso a los argumentos de sus participantes, según los cuales la importancia del evento reside en su origen medieval, como si éste fuera un ejemplo a seguir hoy en cuanto a organización social. Tampoco tiene ninguna legitimidad el hecho de que estén todo el año esperando ese momento; sus protagonistas podrían esperar otras cosas más nobles. Y por supuesto es cómico que argumenten que una de las claves de su importancia es que les genera un enorme sentimiento de unidad grupal.

Muchas fiestas acaban siendo consideradas por la sociedad nacional y por la internacional patrimonio cultural inmaterial porque existe en quienes las celebran una voluntad decidida de vivirlas, de acuerdo a una escenificación típica y de experimentarlas colectivamente en el presente con la esperanza de reafirmar parte del pasado por una parte, y de que ayuden a orientar al grupo hacia el futuro por otra. Se valora en ellas la creatividad, la estética, las destrezas requeridas en su escenificación, etc. Sin embargo, suele olvidarse que todas las prácticas festivas acaban significando, con el paso del tiempo, otra cosa diferente a lo que significaron en sus ediciones anteriores. Y también que acaban cumpliendo funciones jamás previstas en su recorrido a lo largo de la historia. Creo que es fundamental entender que cualquier manifestación la reinterpretemos desde los baremos vigentes en momento en el que viven los que llevan a cabo la interpretación y los espectadores. No lo hacemos por tanto, con patrones de otros, que pueden ser muy ajenos, como lo son desde nuestra perspectiva, las personas que vivieron la Edad Media. La sociedad española del siglo XXI ha cuestionado y negado los las maneras de hacer y de pensar que regían hace varios siglos y no parece querer convivir con prácticas que presumen haberse originado en el siglo XIV o XV. El orden medieval está muy alejado de nosotros y lo constatamos cuando lo descubrimos en los libros de historia. Es una suerte para nosotros que no se pueda volver a implantar en ninguno de sus términos, incluido el festivo. Resulta impropio pretender que cuando un orden social, simbólico y normativo se supera pueden conservarse aspectos tan relevantes como los rituales, y hacerlo en formol y durante siglos, para activarlos y disfrutarlos de vea en cuando como si nada hubiera pasado en ese periodo en el resto de las dimensiones de la vida. Por otra parte, los motivos a los que se refieren las celebraciones festivas casi siempre han desaparecido al estar generalmente asociados a modos de vida peculiares que ya no existen, a

actividades en el medio físico que no se realizan hoy, a acontecimientos especiales como las epidemias, a motivos históricos como batallas ganadas que no significan nada hoy, a apariciones en las que casi nadie cree realmente, etc.; sin embargo, las formas de recordarlos mediante una celebración muy pautada y pública siguen vivas en ocasiones e incluso se están recuperando y reinventando hoy a cualquier precio. Mi pregunta es ¿qué celebran realmente las fiestas? Tanto en zonas rurales como urbanas, en realidad algunas celebraciones logran evocar experiencias biográficas de infancia y juventud de quienes alguna vez las celebraron como protagonistas; sin embargo, es cada vez más frecuente que la falta del contexto originario las haya convertido en meras expresiones lúdicas con más carga didáctica que emocional. Muchas se han relegado a servir para que los niños visualicen cómo era el mundo de la diversión de antes, el de sus padres y sobre todo, el de sus abuelos cuando vivían en el pueblo y carecían de casi todo. Son fiestas, cuya función más relevante actualmente es, en la mayoría de las ocasiones, la de hacer fotos con el móvil e incluso la de servir como escenografía para hacerse los *selfies* que se envían a los amigos. Algunos de estos eventos están más próximos de un parque temático que de un verdadero ritual de la memoria o de cualquier forma de trance colectivo. En muchas de ellas, aunque conserven un aparato formal muy cuidado y sujeto a la tradición, la carga vital asociada a la celebración se ha diluido para la mayoría y su celebración ya no se implica en la vida de la gente que la celebra, como sí sucedía de etapas anteriores. Se usan para cumplir otras funciones de las que hablaré en otro momento, pero su móvil formal se ha emancipado, luego fosilizado, tras desvincularse de sus funciones sociales y emocionales.

Las fiestas se están convirtiendo en acontecimientos sociales que cuentan con una peculiar expresividad pero que interpretamos y sentimos en la medida en la que se asocian a nuevos sentidos que les otorgamos con claves propias de nuestra época. Esta situación la constatamos también en la mayoría de las festividades patronales religiosas y en las que evocan episodios relacionados con Jesús o la Virgen y que persisten en el calendario anual en España como días no laborales. ¿Podría afirmarse que la motivación de sus protagonistas es la originaria, es decir, la derivada de la creencia y el fervor religioso? De una sociedad en la que sólo van a misa los domingos algo más de la décima parte de la población no podemos decir que estas fiestas religiosas sean precisamente indicadores de religiosidad. Igualmente sucede con la peregrinación a uno de los lugares más importantes de la cristiandad, que es la tumba del apóstol Santiago. Se ha incrementado en las últimas décadas, aunque sabemos que no por motivaciones religiosas de los peregrinos. Las razones que aducen los protagonistas de este peregrinaje consultados para justificar semejante esfuerzo físico y mental son la experimentación personal, el hacer algo en solitario, el arte, el conocer personas, el reto, etc. Los peregrinos movidos por motivaciones religiosas son una minoría en el conjunto de este peregrinaje y de hecho la religiosidad suele estar entre las últimas causas por las que peregrinan. Existe, por tanto, un desplazamiento permanente de funciones y de sentidos en las prácticas religiosas festivas, o del peregrinaje a Santiago, y también en las profanas y es precisamente esa permeabilidad, junto a la apertura de estas prácticas sociales a los nuevos sentidos que laten en los estilos de vida de hoy, la que asegura su perpetuación en el tiempo.

Volviendo a las torturas de animales, la sociedad española comenzó a abandonar este tipo de prácticas, que eran habituales en multitud de pueblos, hace tan solo medio siglo, una vez comenzada la transformación económica y social de los sesenta, que se prolongaría hasta entrada la Democracia, casi veinte años más tarde. Poco se habla de

las razones de fondo que han hecho posible la continuidad anual de esta celebración. Seguramente dichas razones han sido muy diferentes en cada época. Quizás saliendo del citado círculo vicioso de confrontación y reflexionando, no sólo acerca de las funciones que cumplen como refuerzo de la identidad grupal, sino sobre el rédito económico de cada celebración y acerca del trasfondo político local que las motiva, podría resituarse el tema en un escenario que arrojar algo de luz. Capital económico y capital político son dos ejes en donde hay que situarlas para comprender cómo se han metamorfoseado.

La ritualización anual del conflicto social en torno a este cruento y lamentable festejo le otorga al pueblo una relevancia nacional e internacional que no sería asumible económicamente si, por ejemplo, se hubiese querido conseguir mediante campañas publicitarias. Sin embargo, el hecho de que hoy día el elevado número de menciones que se hacen de un evento le otorgue inicialmente notoriedad, en un segundo momento los públicos acaban reelaborando la información recabada durante años y saltan a la arena de juego posicionándose ante la situación, como viene sucediendo en Tordesillas en estos últimos años. Pero si miramos alrededor, esto mismo es lo que está sucediendo en la sociedad actual y lo constatamos por la proliferación de mensajes de todo tipo en las redes sociales y medios alternativos de comunicación sobre cuestiones que nos afectan. Vivimos una época en la que los movimientos sociales toman posición y actúan *motu proprio* ante lo que demandan o contra lo que critican. Aquello que se considera injusto, si llega a conocerse públicamente, puede desencadenar acciones de protesta e incluso de resistencia, como llevamos comprobando en las grandes ciudades desde hace casi una década. Si reivindicar esa barbarie hacia el toro puede considerarse como un mensaje que refuerza la propia identidad de quienes lo torturan y sacrifican, intentar organizarse para evitarlo constituye otro mensaje, de contestación en este caso, que reclama preservar los valores de respeto a la Naturaleza y a los animales. No es buena noticia que las tradiciones festivas que documentamos y pretendemos preservar como patrimonio cultural inmaterial renuncien a su propio trasfondo sociocultural para convertirse en mensajes sacralizados cuya enunciación sirve a los intereses de tan solo a unos pocos. La contestación por parte de la sociedad debería ser mediante la educación y en segundo lugar mediante la legislación. Es decir, prohibiéndolas, como se lleva haciendo desde principios del siglo XX por los gobiernos de cada época. No se explica cómo han logrado sortear las diferentes normativas, incluidas las realizadas durante el franquismo.

Estas celebraciones hablan de todos nosotros, de los españoles en general, aunque las celebren unos pocos. Por eso, cuando un grupo de unos miles se empeña en usarlas para sí mismos convirtiendo en real un mundo que la inmensa mayoría ya no comparte y repudia, parece lógico que aparezcan movimientos de contestación. Creo que cuando acaece esta situación se está expresando con ello un rechazo ante la apropiación indebida que unos pocos hacen de las formas de establecer la identidad de un pueblo.

Antonio Muñoz Carrión.